

COMENTARIO 2

Verónica Williams

CONICET, Instituto de
Arqueología, Facultad
Filosofía y Letras (UBA),
25 de mayo 217, Piso 3
(1002) CABA

Veronicaw33@yahoo.com

**“Hacia una
arqueología
de la guerra como
si la práctica
importara”**

Axel E. Nielsen

Nielsen presenta oportunamente un ejercicio de contraponer dos paradigmas teóricos para el estudio arqueológico de la guerra, la positivista, que es predominante en la literatura actual y otro alternativo centrado en la de la práctica, tema que ha crecido en interés desde la década de 1990 en la arqueología anglosajona y americana, y escasamente explorado en relación a la guerra hasta el momento.

Para las posturas positivistas la cultura es concebida en términos idealistas como un sistema simbólico de creencias desvinculado de su contexto histórico que usa argumentos culturalistas tautológicos y sin poder explicar porqué la gente pelea (Ferguson 2001). Esta postura subvalora la cultura y la agencia de las personas involucradas en la interpretación de la guerra como lo señala Nielsen en temas raramente señalados como motivaciones subjetivas para luchas como venganza, temor a la brujería, voluntad de satisfacer la sed de sangre de los dioses, etc.). Bajo el paradigma positivista se considera que la guerra fue un factor clave generador de jerarquías sociales derivando eventualmente en el surgimiento del estado (Carneiro 1970) aunque la guerra puede ser practicada sin llevar a ningún tipo de integración, tal como se plantea para el área Circumtítica y el Noroeste de Argentina (NOA) (Arkush 2008) donde parece existir para este momento un estado de fragmentación política, intenso conflicto y jerarquías sociales no desarrolladas que se materializa en la iconografía, aparición de tipos de asentamientos defensivos, armas, parafernalia de guerra y traumas en restos humanos (Arkush y Stanish 2005; Gheggi 2012; Nielsen 2007; Seldes 2007; Tarragó 2000). Apoyando esta posición, Allen argumenta, a partir de ejemplos arqueológicos, etnográficos e históricos, que los conflictos crónicos serían factores inhibidores para la consolidación de estructuras políticas centralizadas (Allen 2006). Es más, hay autores que “ponen en duda la gravedad, duración o hasta la realidad de aquellos enfrentamientos entendiendo que un estado de guerra endémica sería incompatible con los principios de complementariedad ecológica y social que son característicos de las sociedades andinas” (Nielsen 2003: 75).

Cabe recordar que en los estudios antropológicos ha calado profundo la definición de Mervyn Meggit (1977: 10) quien define a la guerra como “un estado o periodo de hostilidad armada existente entre comunidades políticamente autónomas, el cual en algunos momentos concierne las acciones (violentas o de otro tipo) de sus miembros en contra de los oponentes como expresiones legítimas de la soberanía

política de la comunidad". Es sabido que el concepto de guerra genera dificultades entre los antropólogos ya que para algunos el término implica a organizaciones complejas (estados y en el mejor de los casos, los llamados cacicazgos o señoríos) por lo que podemos considerar inapropiado utilizarlo en sociedades de distinta o "menor" complejidad. De allí que en muchos casos se ha adoptado la expresión de incursiones (*raiding*) como sustituto de guerra en contextos poco claros de dilucidar. Si bien es una definición simple no distingue entre acciones violentas interpersonales e incursiones (LeBlanc y Rice 2001). Para estos autores "la hostilidad armada de colectividades puede asumir formas diferentes como enfrentamientos continuos o solo excepcionales, batallas formales, asaltos sorpresivos, resultando en distintos grados de violencia efectiva y número variable de víctimas o de destrucción de bienes. En todos los casos, lo característico de la guerra es el estado de inseguridad en el que los grupos involucrados se sienten amenazados" (LeBlanc 1999: 8).

Esta definición de LeBlanc es retomada por Nielsen en el 2007, quien reitera la característica particular del "estado de inseguridad" que puede ser sustituida por un estado de preocupación, un estado de alerta o de prevención. Todas estas posibilidades podrían haber ocurrido en el pasado y las estrategias de resolución social estar plasmadas en forma diferencial en el registro arqueológico. Pero hay que considerar que muchas de estas resoluciones o acciones pueden no conservarse en el registro arqueológico aunque esto no invalida la consideración de situaciones particulares y no patrones generales.

Desde un enfoque de la teoría de la práctica, Nielsen pretende "[...] abordar el impacto social de la guerra [...], es decir, comprender las lógicas culturales particulares que rigen los conflictos y multiplicidad de agencias que intervienen" [...] "indagar sobre el marco de disposiciones y representaciones a través de la cual las personas entendían sus intereses, elaboran sus proyectos, interpretaban los actos de los demás y evaluaban cursos alternativos de acción, la violencia entre ellos" (Nielsen 2007: 10). Pensar el conflicto armado como un "curso alternativo de acción", como una práctica posible entre tantas otras en un contexto determinado, nos lleva a preguntarnos cuáles son los motivos por los cuales las acciones son una alternativa a considerar. Pero es cierto que buscar causas o móviles generales aplicables a cualquier tiempo y lugar es inaceptable en este programa teórico. Cada grupo, cada lugar, cada tiempo, cada circunstancia crean un escenario par-

ticular que debe contemplarse. En este proceso intervienen múltiples factores y actores que se entrelazan para dar forma a los acontecimientos. Las investigaciones realizadas en Humahuaca, Hualfin y Calchaquí son algunos ejemplos de nuestro país.

En este ensayo de opinión, Nielsen pone en el tapete primero el sentido común en el estudio de la arqueología de la guerra o me tomaría el atrevimiento de usar un término de conflicto para no estereotiparlo como algo violento y físico exclusivamente. Conuerdo que bajo el positivismo la guerra pre-moderna se desarrolla de acuerdo a la misma lógica utilitaria y bajo las mismas condiciones y efectos análogos sobre las sociedades buscando modelos universales. La lógica de los actores es un calco del sentido común del investigador y su propia comprensión de lo que considera "condiciones objetivas" y respuestas funcionalmente apropiadas a las mismas.

A partir de la década del 70 las diversas corrientes bajo el paraguas de la teoría social comenzaron a buscar formas de considerar las lógicas culturales particulares, la agencia y la historia al tratar temas comunes en la arqueología como el espacio, la identidad, la tecnología, etc. La guerra como cualquier otra práctica social solo puede comprenderse, y en eso adhiero con Nielsen, con referencia a agente que se constituyen en la relación entre el *habitus* y ordenes causales independientes, que gobiernan fenómenos físicos, químicos, biológicos, cognitivos y sensoriales involucrados. El surgimiento de las perspectivas orientadas a la práctica de los actores y sus acciones ha conllevado una reconsideración de los lazos entre tiempo y espacio, fundamentalmente a través de los trabajos de Bourdieu (1977) y Giddens (1984). A partir del surgimiento de estos puntos de vista puede considerarse la temporalidad del paisaje sobre la base de los procedimientos prácticos de producción, reproducción y reforma definidos para un conjunto entretendido de relaciones políticas.

Como validación de esta nueva perspectiva para el estudio de la arqueología de la guerra que sortea ciertos obstáculos que encuentra el paradigma positivista, el autor menciona los estudios interculturales de Ember y Ember (1992 y 1994) y especialmente la demostración de la correlación entre la frecuencia de conflictos armados y múltiples variables potencialmente explicativas. Estos análisis son sumamente interesantes porque descubren que la frecuencia de la guerra se correlaciona principalmente con la imprevisibilidad de los recursos debido a desastres naturales más que con el estrés ambiental crónico o regularmente

ocurrente. Este hallazgo sustentó la noción de que la principal causa de la guerra es la amenaza de falta de recursos y una segunda correlación es la socialización de la desconfianza o la transmisión institucionalizada del temor. Este modelo, llamado de recursos escasos puede deberse a diferentes motivos como cambios climáticos, presión poblacional en donde el entorno pierde la capacidad de sustentar los recursos necesarios para la población. Para LeBlanc y Rice (2001) este modelo es una de las explicaciones más viables para dar cuenta de acciones bélicas entre los grupos del suroeste de Estados Unidos que también ha sido aplicado para el escenario particular del NOA, aunque hasta el momento es difícil justificar la idea que los espacios aprovechables estaban totalmente saturados (Nielsen 2003). Wynveldt y Balesta (2009) sugieren para el valle de Hualfin, que una crisis climática, sumada al aumento de población, podrían haber causado un agotamiento de recursos, lo cual se puede interpretar a través de la masificación del uso de madera de *Prosopis* detectada en los sitios donde se han hallado evidencias de uso intensivo para la fabricación de sostenes de estructuras. En estas se nota una falta de mantenimiento, a través de la presencia de galerías provocadas por xilófagos antes de la carbonización de la madera (*op. cit* 164-165).

La hipótesis de la saturación de espacios aprovechables para el NOA debería ser contrastada con la evidencia de la coexistencia de asentamientos sin características defensivas a los *pukara* (considerado "icono" de un estado de conflicto); la continuidad de un intenso tráfico interregional durante el Periodo de Desarrollos Regionales (1000-14000 DC) y la atribución de algunos indicadores de violencia a prácticas rituales. Esto lleva a pensar que las causas de la guerra no pueden buscarse en condiciones objetivas ni subjetivas exclusivamente sino en la relación entre ambas como bien señala el autor. La guerra y el intercambio tanto de personas como de bienes no deberían ser vistos como elementos mutuamente excluyentes sino estrechamente asociados. La coexistencia de ambos puede adoptar múltiples formas: treguas reguladas ritualmente, recompensas de guerra, ciclos de lucha y festines, normas que posibilitan el tráfico entre enemigos en ciertos contextos y los grupos neutrales o traficantes especializados (Arkush y Stanish 2005).

Como sostiene el autor, el énfasis en la práctica evita reificar categorías analíticas como economía-política-ideología entre otras, explicaciones materialistas de la investigación sobre la guerra (Ferguson 1990, 2001).

Para el autor una estrategia de investigación centrada en la práctica también puede contribuir a llevar los métodos arqueológicos para el estudio de la guerra más allá de la aplicación mecánica de listas de rasgos diagnósticos algo muy común aplicado a casos concretos sino que requieren entender el papel del conflicto en campos de acción históricamente constituidos (Arkush y Stanish 2005; Williams y Castellanos 2001; Wynveldt y Balesta 2009).

Nielsen argumenta muy claramente a favor de un programa para el estudio arqueológico de la guerra que tome en consideración contextos, actores, valores y significados puestos en juego en su práctica. Así no habría que limitarse a la pura descripción y entonces abstenerse de generalizar o prescindir modelos de alcance inter-cultural, posición compartida por Owen quien pone en duda los estudios comparativos sobre la asociación de guerra, manejo de grandes proyectos y diferenciación social (Owen 1995).

En este momento en los estudios de la arqueología de la guerra esta reflexión de Nielsen, con vasto conocimiento y experticia en el tema, es bienvenida y consiste en un aporte muy enriquecedor para encarar investigaciones sobre el accionar de las personas *per se* y en relaciones humanas intra e intergrupales.

Bibliografía

Allen, M.

2006 Transformations in Maori Warfare: Toa, Pa, and Pu. En *The archaeology of warfare. Prehistories of raiding and conquest*. Editado por E. Arkush and M. Allen, pp. 184-213. University Press of Florida, Florida.

Arkush, E.

2008 War, chronology, and causality in the Titicaca Basin. *Latin American Antiquity* 19: 339-373.

Arkush, E. y C. Stanish

2005 Interpreting conflict in the Ancient Andes: implications for the archaeology of warfare. *Current Anthropology* 46(1): 3-20.

Bordieu, P.

1977 *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press.

Carneiro, R. L.

1970 A Theory of the origin of the State. *Science* 169: 733-738.

Ember, C. R. y M. Ember

1992 Resource unpredictability, mistrust, and war. *Journal of conflict Resolution* 36: 242-262.

1994 Cross-cultural studies of war and peace: recent achievements and future possibilities. En *Studying War: Anthropological perspectives*, editado por S. P. Reyna y R. E. Downs, pp. 185-208. Gordon and Breach, Amsterdam.

Ferguson, R. B.

1990 Explaining war. En *The anthropology of war*, editado por J. Hass, pp. 26-55. Cambridge University Press. Cambridge.

2001 Materialist, cultural and biological theories on why Yanomami make war. *Anthropological Theory* 1: 99-116.

Gheggi, M. S.

2012 *Un enfoque biocultural aplicado al estudio de entierros arqueológicos del Noroeste Argentino (ca. 1000-1540 A.D)* Tesis doctoral inédita. Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Giddens, A.

1984 *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge, Polity Press.

LeBlanc, S. A.

1999 *Prehistoric warfare in the American Southwest*, University of Utha, Salt Lake City.

LeBlanc, S. y G. Rice

2001 Southwestern Warfare: the value of Case Studies. En *Deadly Landscapes. Cases Studies in Prehistoric Southwestern Warfare*, editado por G. Rice y S. LeBlanc, pp. 1-18. The University of Utha Press, Salt Lake City.

Meggitt, M.

1977 *Blood is their argument: Warfare among the MaeEnga Tribesmen of New Guinea Highlands*. Mayfield Pub. Co., Palo Alto, CA.

Nielsen, A. E.

2003 La edad de los Auca Runa en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Memoria Americana* 11: 73-107.

2007 Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1): 9-41.

Owen, B.

1995 Warfare and Engineering, Ostentation and Social Status in the Late Intermediate Period Osmore Drainage. Ponencia presentada en el 60th Annual Meeting en la *Society for American Archaeology*, Minneapolis.

Seldes, V.

2007 Aportes de la bioarqueología al estudio de la complejidad social en la Quebrada de Humahuaca (Pcia de Jujuy, Argentina) Tesis doctoral inédita, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Tarrago, M.

2000 Chacras y *pukara*. Desarrollos sociales tardíos. En *Nueva historia Argentina. I. Los pueblos originarios y la conquista*, tomo dirigido por M. Tarragó, pp. 257-300. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Williams, V. I. y M. C. Castellanos

2011 Poblaciones prehispánicas en las cuencas de Angastaco y Molinos: historias de conflictos, resistencias y disputas". En *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*, compilado por L. Rodríguez, pp. 23-61. Prohistoria Ediciones, Rosario.

Wynveldt, F. y B. Balesta

2009 Paisaje sociopolítico y beligerancia en el valle de Hualfin (Catamarca, Argentina). *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, N° 8, enero-junio: 143-168. Universidad de los Andes, Colombia.

RÉPLICA: CULTURA Y MATERIA EN LA ARQUEOLOGÍA DE LA GUERRA

Agradezco los comentarios de mis colegas, que permiten profundizar significativamente la reflexión planteada inicialmente. Ante todo, reconozco que –como lo señala Arkush– en el ensayo original, al enfatizar los contrastes entre perspectivas para beneficio del argumento, paso por alto trabajos recientes que incorporan elementos de “la síntesis teórica emergente” o que abordan –a veces desde otras miradas– aspectos de la guerra que son relevantes para una arqueología de la práctica. Williams, por su parte, me recuerda tácitamente la labor de varios arqueólogos del sur andino, que durante los últimos años viene enriqueciendo significativamente nuestro conocimiento de las guerras prehispánicas. Les agradezco especialmente haber reparado mis omisiones al referenciar estos importantes aportes en sus comentarios.

No puedo dejar de señalar, sin embargo, que a pesar de que Arkush cuestiona la existencia de “dos esquemas teóricos distintos y contradictorios”, ratifica la vigencia de una tensión de este tipo al argumentar a lo largo de su comentario en favor de la generalización intercultural, de la preeminencia explicativa de los móviles económicos y de la racionalidad de los agentes, *contra* un abordaje exclusivamente particularista o contra la idea de que la cultura lleve a las personas a conducirse irracionalmente, ignorando las condiciones objetivas que gobiernan el ejercicio de la violencia o sus consecuencias (la “lógica utilitaria”). Pero lo que me importa subrayar es que, al hacerlo, cambia inadvertidamente los términos de la conversación, puesto que las ideas contra las que argumenta no corresponden al programa de la práctica, sino en todo caso, a las posiciones culturalistas/idealistas mencionadas brevemente en el primer texto.¹ Está claro, tanto allí como en la vasta literatura sobre el tema, que las teorías de la práctica no proponen atender *exclusivamente* a las particularidades, la subjetividad, las ideas o las intenciones individuales, *en desmedro de* la generalización, las condiciones objetivas, la materialidad y las estructuras, sino poner en foco la *relación* entre ambos términos o clases de factores. Reitero, pensar la guerra y otros fenómenos sociales como prácticas supone investigar cómo personas con objetos, disposiciones y percepciones culturalmente constituidas (cultura material, destrezas, cosmologías, estructuras afectivas, valores, etc.) enfrentan activamente condiciones objetivas, que responden a causalidades que son en gran medida independientes de ellas (como el clima, las plantas, los animales o la hidrografía).

Dicho esto, y puesto que los tres –como muchos otros– estamos interesados en avanzar en una síntesis teórica como ésta, quiero aprovechar la diferencia entre enfoques universalistas y particularistas planteada por Arkush, que –coincido– “llega al fondo de lo que

¹ No profundizo estos enfoques en la ponencia inicial porque, en mi opinión, nunca han sido muy influyentes en la literatura arqueológica sobre la guerra.

consideramos nuestra tarea”, para reflexionar desde allí sobre algunos temas importantes para llevar adelante un proyecto de este tipo en arqueología. Comienzo situando el problema en términos del realismo trascendental o crítico (Bhaskar 1977; Sayer 2000),² una teoría que sin renunciar a la concepción de la ciencia como aproximación racional a un conocimiento objetivo del mundo, nos brinda un fundamento epistemológico más consistente para una arqueología de la práctica que el positivismo. A partir de este marco, discuto la relación entre materia y cultura, necesidad y contingencia en la explicación de la guerra, comentando al pasar sobre el tema del utilitarismo.

De acuerdo al Realismo, hay tres dominios ontológicos de interés para la ciencia: el real, el actual y el empírico.³ El primero –objeto de la ciencia teórica– abarca las estructuras y mecanismos generativos que gobiernan el mundo, el modo en que operan las cosas, los poderes causales que las definen como tales. Los efectos combinados de estas tendencias necesarias constituyen un dominio diferente, el de lo actual o fenoménico, los eventos ordinarios y observables que se presentan contingentemente como coyunturas y trayectorias en las que confluyen mecanismos causales de diverso orden. Estos dos dominios forman los objetos intransitivos del saber científico, por cuanto existen con independencia de ese conocimiento. El dominio empírico, en cambio, es transitivo y pertenece al ámbito de la ciencia, ya que aunque se refiera a los fenómenos del mundo actual, las experiencias y datos que abarca son siempre productos sociales interpretados.

La distinción entre lo real, lo actual y la experiencia fundamenta una visión de la explicación que contempla no sólo leyes causales, que describen los modos necesarios o universales en que se comportan las cosas reales, los mecanismos que generan los fenómenos, sino también las contingencias de su acontecer. Esto es especialmente cierto al tratar con sistemas abiertos, como el mundo social, donde entran en juego innumerables estructuras o “estratos” de la realidad de naturaleza muy diferente,⁴ cuyos efectos son conjunciones únicas e impredecibles. Esta visión del conocimiento científico se distancia del positivismo –entre otras cosas– por disociar la causalidad (y por lo tanto su confirmación o falsación)

² Vale recordar que el realismo hunde sus raíces en la tradición pragmática inaugurada por Peirce, cuya perspectiva semiótica es directamente relevante para una arqueología de la práctica. El realismo ha sido aplicado en arqueología por David (1992), Gibbon (1989), Wylie (2002) y, en los Andes del Sur, por Berenguer (1998).

³ El uso del término ‘real’ en referencia al ‘dominio de lo real’ no significa que las experiencias sean menos reales que los eventos, o que los eventos sean menos reales que las estructuras; los tres deben entenderse como distintas clases de objetos realmente existentes (Bhaskar 1977: 58).

⁴ [...] the predicates ‘natural’, ‘social’, ‘human’, ‘physical’, ‘chemical’, ‘aerodynamical’, ‘biological’, ‘economic’, etc. ought not to be regarded as differentiating distinct kinds of events, but as differentiating distinct kinds of *mechanisms*. For in the generation of an open-systemic event several of these predicates may be simultaneously applicable” (Bhaskar 1977: 119).

de la constatación de patrones recurrentes en los eventos,⁵ diferenciando por lo tanto, la explicación de la predicción. Estos contrastes son importantes, por un lado, al definir el papel del método comparativo en el desarrollo de teorías sobre la guerra que tengan en cuenta a la cultura y la agencia, y por otro, al emplear esas teorías en la explicación de fenómenos bélicos específicos.

La guerra –al igual que otras prácticas o instituciones como la agricultura o el estado– no es una “cosa” en el sentido realista, sino un fenómeno que participa de las coyunturas diversas que son propias de un sistema abierto (el mundo social), una clase de eventos que recortamos analíticamente del dominio actual pero que potencialmente obedece a diferentes estructuras y principios generativos que debemos identificar a través de la resolución o *unpacking* (Gregory 1986: 387) de sus componentes. El realismo trascendental denomina “análisis causal” (Bhaskar 1977: 125) a este primer paso de la investigación científica. Así, en tanto involucra violencia corporal, la guerra responde a los poderes causales de la física y la biología, que dan cuenta de la eficacia generalizada de armas, armaduras y fortificaciones. Puesto que es organizada colectivamente, compromete también facultades perceptuales, cognitivas y comunicativas del ser humano cuya realidad da lugar a formas coordinadas de pelear y estrategias bélicas interculturalmente eficaces. No sólo es obvio que los antiguos combatientes advertían tanto o mejor que nosotros esta “utilidad”, sino que es este mismo conocimiento el que nos permite inferir que si una población se fortifica es porque teme ser atacada, entender la concentración poblacional, la inter-visibilidad entre sitios y las tierras-de-nadie como parte de estrategias colectivas de defensa, o reconocer armas bélicas cuando las encontramos.⁶

Pero la guerra es además un fenómeno social, por lo que obedece también a las *cosas* que caracterizan irreductiblemente ese nivel de la realidad, por ejemplo la agencia, un concepto del que quisiera destacar aquí sólo dos aspectos. El primero es la intencionalidad, que involucra sistemas de representaciones en cuyo seno se define el sentido de las cosas, quiénes son los actores y cuáles son sus “intereses”. Estas disposiciones culturales son parte ineludible de la *racionalidad* de quienes practican la guerra. ¿Cómo definir lo que los actores racionales del modelo “materialista de la guerra” (Ferguson 1990) ambicionaban como riqueza o poder sin considerar qué tipo de personas eran (p.ej., individuos o colectivos [Fowler 2004]) y qué valores los regían, qué otras entidades poblaban su mundo social y cómo se vin-

⁵ “There is more to the world, then, than patterns of events. It has ontological depth: events arise from the workings of mechanisms which derive from the structures of objects, and they take place within geo-historical contexts. This contrasts with approaches which treat the world as if it were no more than patterns of events, to be registered by recording punctiform data regarding ‘variables’ and looking for regularities among them.” (Sayer 2000: 15)

⁶ Así como la incidencia necesaria de la gravedad sobre el agua nos permite identificar ciertos fenómenos como obras de riego.

culaban entre sí (Descola 1996; Viveiros de Castro 1992)? Claramente, si no consideramos esas otras lógicas en la argumentación, lo que hacemos es proyectar nuestras ambiciones particulares y lo que resulta valioso o útil a ellas (p.ej., la acumulación y consumo individual de recursos económicos entendidos en nuestros propios términos), como si fueran universales. A esto me refiero al caracterizar a la perspectiva procesual de la guerra y al *materialismo cultural* que la inspira⁷ como utilitarista.

Ignorar la relevancia de la cultura en el ejercicio de la guerra lleva además a pasar por alto acciones que, en la perspectiva de los actores, parecen haber estado directamente relacionadas al ejercicio de la violencia colectiva, sólo porque resultan inútiles desde nuestro sentido común (p.ej., Nielsen 2007; Nielsen y Walker 1999). Por insensatas que parezcan estas acciones, *son materiales* y tienen consecuencias palpables en el curso de los acontecimientos, causan variabilidad en el registro material del pasado que, como arqueólogo, esperaría que una visión del mundo que se precia de "materialista" tuviera en cuenta y fuera capaz de explicar. A esto me refiero al afirmar que el utilitarismo economicista ni siquiera es estrictamente materialista.

Coincido, entonces, en que es preciso desarrollar teorías universales sobre la guerra que tengan en cuenta la relevancia causal de la cultura, en que la comparación intercultural es necesaria para evaluarlas (porque proporciona un sustituto metodológico de la clausura experimental al tratar con sistemas abiertos) y que para ello hacen falta categorías de análisis de validez general; pero difiero en que no me parecen adecuadas para esta tarea las categorías propuestas por el materialismo cultural, o el uso que este paradigma hace de ellas en la explicación. Encuentro herramientas más útiles –especialmente como arqueólogo– en el programa de la *materialidad*. Me refiero a proyectos muy diversos que comparten la noción de que la materia juega un rol activo y significativo –no sólo instrumental– en la constitución del mundo social a través de la práctica, por ejemplo, los estudios de cultura material (Miller 2005; Miller y Tilley 1996), la ANT (Latour 2005), la pragmática (Preucel 2006), las teorías del *engagement* (Renfrew 2004) o del *entanglement* (Hodder 2011) material, sin olvidar los desarrollos recientes de la arqueología conductual (Schiffer 1999; Skibo y Schiffer 2008). Estas líneas de trabajo han elaborado categorías fértiles para una investigación comparativa de la práctica (*materia-cultura-agencia*, valga la redundancia), que atraviesan la dicotomía infraestructura-superestructura o cualquiera de sus permutaciones, llevándonos a mirar las cosas de otra manera.

Conceptos como paisaje, memoria, indexicalidad, *performance characteristic*, cadena operativa, agencia y biografía de objetos, entre muchos otros, nos permiten comparar episodios bélicos en términos que verdaderamente ponen en foco a la materia (extensión, posición, durabilidad, forma, visibilidad, color, peso, cantidad, tamaño, textura, etc.) y su relación –instrumental y semiótica– con los sujetos. ¿Qué similitudes y contrastes se advierten? pero

⁷ Véanse las referencias ubicuas al trabajo de Marvin Harris en Ferguson (1990).

sobre todo ¿qué mecanismos causales podrían dar cuenta de ellos?⁸ No digo que estos temas sean nuevos o que no haya información al respecto en los estudios sobre la guerra conducidos bajo otros paradigmas; lo que creo es que el programa de la práctica brinda a este conocimiento un encuadre teórico más consistente y con mayores posibilidades para la investigación futura que el positivista. Valga de ejemplo la interesante propuesta de Arkush respecto a que “the defensive strength of fortifications in the Andes far outpaced the offensive capabilities of most Highland societies, entrenching these societies in cycles of raiding warfare.” (2011: 215) Si entiendo bien la idea, la relación entre la materialidad de los pukaras y las capacidades ofensivas de los pueblos de la época fue más decisiva para la continuidad de las hostilidades y el *statu quo* político en la región que las ambiciones materiales de los guerreros o sus líderes.

El problema de cómo se relacionan los “múltiples factores y actores que se entrelazan para dar forma a los acontecimientos”, en las palabras de Williams, los elementos “racionales” (como las murallas) e “irracionales” (como los ritos y códigos de combate) en las de Arkush, es de la mayor importancia. En términos realistas, se trata de cómo se articulan los diferentes estratos de la realidad (físicos, biológicos, geográficos, psicológicos, culturales, etc.) en fenómenos (como la guerra) que son siempre una “condensación” o “destilado” de distintas causas (Bhaskar 1977: 122). Como Williams, yo no buscaría respuestas “generales aplicables a cualquier tiempo y lugar”, pero permanecería abierto a descubrir estructuras y mecanismos causales operando a este nivel en formas más complejas, pero aún así universales. En este sentido, la observación de Arkush sobre las escalas temporales (etnográfica, histórica, arqueológica) y los desafíos que presentan para conciliar motivos y causas, es esclarecedora. Nos recuerda que –aunque todos involucren a la guerra– un episodio bélico concreto, la frecuencia de hostilidades en un período y los cambios en la frecuencia de conflictos armados en distintas etapas de la historia humana (p.ej., antes y después del sedentarismo) son fenómenos distintos –diferentes “destilados de causas”– por lo que requieren distintos tipos de explicación. Una visión similar subyace a la fecunda propuesta de Braudel (1980) sobre las temporalidades históricas.

La idea de considerar “la temporalidad del paisaje sobre la base de los procedimientos prácticos de producción” que Williams rescata de la teoría de la práctica tiene interesantes derivaciones para la arqueología de la guerra. Brinda, por ejemplo, una base firme para

⁸ Vale recordar en este punto la distinción realista entre causas y patrones de eventos, una de sus principales diferencias con el positivismo (Bhaskar 1977: 12). La comparación intercultural contribuye a verificar la teoría en la medida en que las estructuras y mecanismos generativos propuestos den cuenta de los fenómenos cotejados, sean éstos similares o diferentes. Los patrones o regularidades empíricas a que podemos arribar de este modo (p.ej., el uso del mismo tipo de armas y fortificaciones) son interesantes porque nos indican dónde buscar las causas (p.ej., en las relaciones entre las propiedades físicas, biológicas y cognitivas que ponen en juego), pero no son en sí mismos “universales” ni “leyes” en el sentido causal del realismo.

pensar cómo se coordinarían la hostilidad armada y los calendarios productivos. Para los Andes preinkaicos, por ejemplo, siempre hablamos de ataques sorpresivos y emboscadas, ya que la gran mayoría de los pukaras carecen de fuentes de agua permanente, por lo que sólo serían efectivos para proteger a sus habitantes de asaltos breves e inesperados, no para resistir sitios prolongados. Lo que no discutimos es cómo se conjugaría semejante estado de inseguridad con el trabajo agrícola y pastoril en lugares vulnerables y alejados del amparo de los conglomerados y reductos defensivos. Creo que aquí hay fundamentos para postular la existencia de convenciones que regularan la hostilidad, confinándola por ejemplo a ciertas épocas del año, probablemente la estación seca, ya que tratamos con agricultores. La aparente ingenuidad de Viltipoco –*hatun kuraka* de Omaguaca–, quien fue sorprendido por Argañarás en 1595 mientras levantaba su cosecha en Purmamarca, *en vísperas de* liderar una rebelión general contra el dominio español, delata un *habitus* formado en el respeto a este tipo de convenciones.

Otro aspecto necesario de la agencia es la facultad de elegir, por limitada que ésta sea, ya que en sentido estricto, el concepto se refiere a eventos en los que “the individual could, at any phase in a given sequence of conduct, have acted differently” (Giddens 1984: 9). La posibilidad de actuar de *alguna otra* forma (aunque obviamente, no de cualquiera) es el fundamento necesario de la imputabilidad (*accountability*) de los agentes (Kockelman 2007) y justifica la noción de que el futuro está abierto (Sayer 2000: 14), dos conceptos que –tratándose de algo tan grave como la guerra– tienen consecuencias de peso. Así se introduce, desde las propias estructuras de lo real, un factor de indeterminación en los procesos sociales, de allí su historicidad. Dicho de otro modo, aún cuando conociéramos acabadamente las lógicas que sirvieron de marco a la acción, sería imposible predecir el curso de los acontecimientos del mundo social, no sólo debido a las contingencias de la articulación entre diversos estratos causales (químicos, biológicos, culturales, etc.) interactuando en un mundo abierto (y sus consecuencias no anticipadas), sino porque, en última instancia, la indeterminación es una condición necesaria de la práctica.

Entonces, la explicación de la guerra –al igual que otros fenómenos propios de sistemas abiertos– sólo sería posible retrospectivamente, por referencia a la intervención de factores tanto generales como particulares, necesarios como contingentes. Los primeros comprenderían las estructuras y mecanismos (sociales o no) que confluyen en los episodios bélicos –como causas últimas– y los segundos a los avatares de su historia, la genealogía de las prácticas que convergen en tales coyunturas –como causas próximas–. Esto pone de relieve los vínculos de la arqueología con la historia, escasamente explorados por el programa positivista/procesual, más afín a la antropología neoevolucionista en sus aspiraciones nomotéticas. Así, la explicación arqueológica retrodice los procesos, mostrando en cada coyuntura particular (hoy cerrada) las diferentes estructuras y articulaciones entre mecanismos (incluyendo las elecciones de distintas clases de agentes) que operaron para generar necesariamente los acontecimientos.

Es paradigmática en este sentido la obra de Sahlins, uno de los pensadores más agudos al momento de construir puentes entre la antropología y la historia. Precisamente, en uno de sus trabajos recientes, encara una minuciosa comparación entre la Guerra del Peloponeso del siglo XX a.C. y la Guerra Polinesia acaecida en las Islas Fiji a mediados del siglo XIX d.C. Por esta vía pone a prueba y desarrolla conceptos teóricos substanciales, como el de "historia dialéctica", que alude a la importancia de analizar la historia de pueblos que compiten y se relacionan mediante contrastes sistemáticos en sus estructuras culturales (p.ej., Atenas-Esparta, Bau-Rewa) como un sistema de diferencias u oposiciones complementarias (Sahlins 2004: 8). Otra de sus interrogantes concierne a la cuestión crítica de si la agencia histórica es individual o colectiva. A partir del análisis histórico comparativo el autor propone una forma de superar este persistente problema teórico, señalando condiciones estructurales que llevan al empoderamiento de ciertos individuos como agentes históricos significativos, combinando así los condicionamientos estructurales con la facultad de decisión de las personas. Curiosamente, en ciertas coyunturas, el mismo principio puede poner el destino de pueblos enteros a merced de pocos individuos y sus idiosincrasias, como sucedió con los herederos del rey de Bau que, en plena guerra, conspiraban ambos para asesinar al otro. Las fuerzas sociales desatadas por la situación bélica –el "sistema"– intensificaron las ambiciones y el odio entre ellos, pero no pudieron determinar quién prevalecería. El triunfo de Ratu Cakobau prolongó el conflicto por 10 años, pero eventualmente dió al reino de Bau la supremacía sobre las Islas Fiji, posición que mantuvo hasta el siglo XX. Su conclusión merece ser citada *in extenso*:

Structure and contingency are thus mutually determining without being reducible the one to the other. The relations between the two kingdoms constituted the conditions of the events that in turn fatefully affected their respective historic fortunes. It is only because either outcome would have been structurally coherent –the end of the war had Ratu Raivalita succeeded, or its brutal continuation by Ratu Cakobau– that history, in retrospect, seems totally ordered by the cultural scheme. But cultural coherence and cultural continuity do not mean that historical outcomes are culturally prescribed. The dialogue of the collective and the individual, structure and event, category and practice indicates that the continuity of the cultural order is an altered state brought about by contingencies of human action. The claim is not that culture determines history, only that it organizes it. (Sahlins 2004: 11)

No quisiera concluir este diálogo sin hacer una salvedad a la idea de que, como científicos sociales, los arqueólogos buscamos un conocimiento interculturalmente válido. Coincido con Arkush en este punto, pero no podemos ignorar que también jugamos un papel importante como productores de memoria para colectividades que exceden largamente a la ciencia en sus miradas, necesidades y usos del pasado. Desde este punto de vista, creo que el conocimiento de la historia "de la guerra precolombina en los Andes del sur" es importante *"en sí mismo"* y no sólo como un paso metodológico necesario para la eventual discriminación de

los mecanismos generales intervinientes. Esta “cartografía de interminables variaciones particulares” nos resulta vital como personas porque nos referencia frente a otros singularmente distintos, porque sostiene nuestra identidad. Esto es especialmente cierto de la guerra que, como evento interculturalmente traumático (penoso o heroico), juega un papel destacado en la memoria colectiva. Como miembros de diversas comunidades (países, naciones aborígenes, religiones, linajes, etc.), nos importa a todos saber en qué forma nuestro pasado es único, en definitiva, porqué es digno de recordar.

Bibliografía

Arkush, E.

2011 *Hillforts of the Ancient Andes: Colla Warfare, Society and Landscape*. University Press of Florida, Gainesville.

Berenguer, J.

1998 La iconografía del poder en Tiwanaku y su rol en la integración de zonas de frontera. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 7:19-37.

Bhaskar, R.

1977 [1997] *A Realist Theory of Science*. Segunda edición. Verso, London.

Braudel, F.

1980 [1949] *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en Tiempos de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica, México.

David, N.

1992 Integrating ethnoarchaeology: a subtle realist perspective. *Journal of Anthropological Archaeology* 11:330-359.

Descola, P.

1996 Constructing natures: symbolic ecology and social practice. En *Nature and Society: Anthropological Perspectives*, editado por P. Descola y G. Pálsson, pp. 82-102. Routledge, London.

Ferguson, R. B.

1990 Explaining War. En *The Anthropology of Warfare*, editado por J. Haas, pp. 26-55. Cambridge University Press, Cambridge.

Fowler, C.

2004 *The Archaeology of Personhood: An Anthropological Approach*. Routledge, London.

Gibbon, G.

1989 *Explanation in Archaeology*. Basil Blackwell, Oxford.

Giddens, A.

1984 *The Constitution of Society: Outline of a Theory of Structuration*. University of California Press, Berkeley.